

LA HISTORIA DE WILKINSON SEGÚN EL HOMBRE GILLETTE

Lo que Wikipedia cuenta sobre los orígenes de la marca Wilkinson Sword se acepta desde hace tiempo como la versión oficial y aprobada. Sin embargo, leída con atención, parece una historia cómoda, ritualizada y envuelta en un perfecto aplomo inglés. Por eso decido ponerla en duda.

Los ingleses han sido siempre un pueblo conservador. Lo han demostrado con muy pocas palabras y muchos hechos. Nunca han abandonado la Corona, sus tradiciones, su bandera ni su patriotismo.

Son el único pueblo que de verdad colonizó el mundo. La prueba está en que 1400 millones de personas nacen dentro de la lengua inglesa, mientras que más de 4000 millones la hablan con fluidez.

En cierto sentido, ahora todos somos ingleses: el inglés se ha convertido en la lengua común del mundo.

A principios del siglo XIX, un guardia real al servicio de Su Majestad la Reina, conocido simplemente como Wilki, se arreglaba en casa antes de incorporarse al servicio. Como siempre, la limpieza y el aspecto eran lo primero.

Fue a coger el cuchillo que solía usar para afeitarse y descubrió que había desaparecido. Su hija se lo había llevado prestado antes de irse a visitar a una tía. Lo necesitaba para su aseo personal antes de una cita romántica con un caballero americano. Esos asuntos se consideraban cosa de mujeres, y de los hombres se esperaba que no hicieran preguntas.

El tiempo apremiaba.

Wilki se volvió hacia su mujer y le preguntó qué debía hacer.

Sin pestañear, ella respondió:

“Wilki, coge la espada y aféitate”.

Henry Wilkinson era un polímata de un talento extraordinario, especialmente dotado para la ingeniería y las ciencias naturales. Mantenía, además, relaciones comerciales con la familia real británica.

A partir de aquel momento nació el ritual de la espada.

Más tarde se convirtió en tradición también para el hijo.

De Wilki, el nombre pasó a ser Wilkinson, y Wilkinson & Son se convirtió en el oficio de la familia, que transformó un ritual doméstico en un negocio y puso los cimientos del nombre que hoy conocemos.

Entre los siglos XIX y XX, la empresa se extendió a los productos de afeitado y suministró sus primeras hojas de afeitar al ejército — dos millones durante la Primera Guerra Mundial.

Los clientes ingleses no entraban en las tiendas pidiendo hojas de afeitar.

Decían simplemente:

“Deme las dos espadas”.

Mientras tanto, la producción se amplió a tijeras, cizallas y muchos otros instrumentos de corte.

LAS DOS ESPADAS DE SU MAJESTAD
Ferdinando